

## EL QUE PERSEVERA, RECIBE

*Hombre de múltiples apodos, erraba por un mundo ambiguo de escollos y engaños, sin saber quién era, hasta que los Alcohólicos Anónimos le devolvieron su identidad.*

Fue el penúltimo hijo de mi padre en sus segundas nupcias. Eramos una familia numerosa provinciana, compuesta de ocho hermanos y tres medio hermanos, sin contar a los que no consiguieron sobrevivir la infancia.

La vida discurría con el ritmo pausado y armónico de los poblados grandes y ciudades antiguas de mi país. No era posible prever el porvenir alcohólico que diezmaría a mi familia: de once hermanos ocho resultamos bebedores problema! Cada día transcurría bajo una tónica permanente de piedad y rituales religiosos. Se estudiaba; se participaba en los coros de las ceremonias eclesiásticas. Mi padre era músico por vocación y juez para sobrevivir. Yo, en ese tiempo, era aún un bebé.

Un día empezaron a llegar al pueblo gentes venidas de lugares próximos y distantes. Los atraía la intemporalidad en que se había sumido la ciudad: sus bellezas antiguas, la naturalidad de las costumbres y las exigencias simples de la vida, opacadas en sus lugares de origen por el ritmo frenético de la civilización de hoy. También llegó un nuevo juez.

Conocimos el hambre, que a muchos otros antes los expulsara del pueblo; y nosotros también tuvimos que emigrar. Mis padres nos trajeron a la capital. Pero la metrópoli es celosa con los intrusos y mi padre fue víctima propicia. Murió a los pocos años en un hospital del gobierno a causa de una operación inadecuada.

La fuerza cohesiva en mi familia faltó y sus miembros

salimos expulsados en todas direcciones. Era el último año de la guerra mundial. Unos atravesaron la frontera ilegalmente, otros se ocuparon como aprendices de distintos oficios, las mujeres mayores emprendieron su propio destino y, a mí con otros dos menores, nos tocó seguir estudiando con ayuda de becas que mi madre gestionó.

Hasta la mayoría de edad fui un buen hijo, un buen estudiante, un buen hermano, un buen amigo. Mi adolescencia discurrió en un barrio viejo de la gran ciudad. Palomillas bravías y limpias. Deporte, excursiones y estudio. Nada había que temer. Puntualmente ingresé a la Universidad. Alterné la asistencia al barrio universitario del centro de la ciudad con la excitante vida juvenil del barrio proletario.

En ese tiempo fue el traslado de los planteles universitarios, ubicados en el centro de la ciudad, a la ciudad universitaria.

Algo dentro de mí se fracturaba.

No estaba conforme con mi situación, la de la sociedad y del mundo. Por las becas había estudiado en escuelas pomadas en donde había alternado con muchachos que eran extremidades menores de fortunas desmesuradas; había sufrido la marginación en disfrutes exquisitos, sentido el escalonamiento de las clases sociales, percibido los desequilibrios y conocido el acaparamiento en unas cuantas manos de los recursos comunitarios. Aprendí a odiar y a envanecerme.

Perdí la beca.

Aprovechando mis conocimientos musicales me mantuve tocando el órgano en las iglesias, por la mañana, y en bares por la noche, donde me apodaban "El Seminarista".

En la ciudad universitaria asistí a un estadio, pisé una pista de atletismo y envidié el aplauso otorgado a los triunfadores. Me esforcé y alcancé también el triunfo, pero no la satisfacción. Me decían "Campeón".

Participé en cuanta manifestación política o revuelta insustancial donde mi protesta de haber nacido en un mundo caótico tuviera causa. Me integré a grupos vociferantes y

desadaptados donde me llamaban "El Mano Flaca", por mi habilidad en la tirada de dados.

Todo esto al mismo tiempo.

Y bebí mis primeros tragos de licor.

Un fascinante universo se me reveló: en la cantina, en el bar, en torno a una botella de licor, se diluían los odiados contrastes; la inspiración levantaba anclas y navegaba en torno sin ataduras; trastabillaba lo mismo el barrendero que el magnate y conocí el deleite que expertas hembras sabían proporcionar. Aunque percibí desde el principio un riesgo o precisamente por haberlo, me agradó. Me vencieron en las pistas de atletismo, abandoné las aulas de la Universidad, dejé de ser el correcto hijo y pasé mi primera noche en una prisión por una serie de faltas al Reglamento de Tránsito y al de las buenas maneras. No había problema: un inusitado éxito había llegado al mismo tiempo en el ejercicio de la profesión en la que no me había licenciado.

El riesgo aumentó, los problemas se acumularon y el éxito aparente se esfumó.

En las largas sesiones de bohemia e irresponsabilidad que llegaron, cambié el bar con fondo musical y la cantina con guitarristas, por el "toreo" de pulques alterados y el tugurio de expendios de canelas con alcohol, en donde la comida era tan sólo de tacos con salsas de dudosa procedencia que muchas veces no podía ya tragar. Al salir de cada una de aquellas caídas al subsuelo del lumpen, todavía solía ufanarme contra los que pretendían sermonearme por mi manera de proceder: "Más vale una vida corta e intensa que una larga vida de pusilanimidad . . .", les refutaba.

En pocos años de beber irresponsable alcancé a percibir la inconsistencia de mis argumentaciones, especialmente cuando me encontraba solo ante mis actos en algún rincón de la ciudad o ante mi rostro ebrio preso en un fragmento de espejo de un burdel o cuando, con pánico, veía caer sobre mi existencia otro amanecer.

No era yo el único que sufría. Mis amigos me volvieron la espalda con repugnancia, los trabajos escasearon y a mi madre se le añadió otro eslabón de sufrimiento: mis hermanos sucesivamente habían caído en la degradación alcohólica probando su entereza, su capacidad para soportar el dolor y su fe; el saldo actual del alcoholismo en mis hermanos es éste: tres han muerto a causa del mal; una hermana, de cuyo padecimiento sólo a últimas fechas he conocido su intensidad; otro que murió luego de una larga historia, amarga y triste; otro, más recientemente, murió también luego de diez años de vida extra que la ciencia médica le concedió por medio de una sabia operación quirúrgica que contuvo el avance letal de cirrosis hepática.

En ese tiempo yo tomaba el camino de la degradación.

A cada caída mi madre preguntaba por mí en los sitios lógicos (hospitales, tugurios y la cárcel), vagabundeaba en las noches observando a los beodos caídos y, exhausta, oraba permanentemente.

Tan rápido como lo escribo transcurrieron diez años sin sustancia. Columbré la otra orilla del tobogán y un miedo impreciso aterió mi voluntad; no temía a la muerte, a la sociedad agresiva en que estaba inmerso ni al repudio de los demás. Era zozobra de naufrago a quien los elementos no acaban de aniquilar. Era miedo a continuar viviendo... Pero alcancé a percibir que la fuente de la angustia, en aquel estado de ebriedad, era mi manera de beber: bastaba no emborracharme para que mi situación mejorara, ¡eso era idiotamente evidente!... y seguí bebiendo, sufriendo, muriendo...

Las recetas de otros borrachos (beber en el momento oportuno, lugar oportuno y compañía adecuada; ingerir la cantidad y la calidad justas; acompañar los brebajes con alimentos; "curar la cruda" con desayunos supercondimentados, etc.), ambientaron por poco tiempo las tandas de ebriedad. Me refa de los remedios caseros y los tratamientos pseudocientíficos. Jamás relacioné mi alcoholismo (así lo

llamaba sin que supiera definirlo) con la moral, prácticas piadosas o la religión.

Por un amigo supe de la existencia de A.A. Me interesó. En el papel resultaba coherente. Por el directorio telefónico descubrí un grupo. Luego de una borrachera especialmente violenta, asistí; había cinco tipos sin trazas de haberse emborrachado a mi manera; no me disgustó pero no volví. Seguí en lo mismo. Poco después me enteré de otro grupo; era un grupo gigante para aquel tiempo, con asistencias de hasta cien alcohólicos de bajo fondo. Asistí con regularidad sin que consiguiera del todo dejar de beber. Las borracheras se espaciaron y aumentaron en tiempo, deterioros y complicaciones. Sufrí el infierno de quien está consciente de su padecimiento, de sus desenlaces lógicos, conoce el remedio, trata de aplicarlo y los resultados son contraproducentes. Recorrí la media docena de grupos existentes en la capital y vi prodigiosas recuperaciones. En mí, lo que era comprobablemente eficaz para todo tipo de alcohólico, no funcionaba. Aparentemente yo era uno de aquellos desdichados que por su naturaleza humana no quieren, no saben o no pueden ser honestos consigo mismos y no alcanzan su rehabilitación mediante A.A.

Abandoné todo esfuerzo. Si mi mal era irremediable y estaba sentenciado a morir bebiendo me dispuse a beber para morir. No supe conseguirlo. El alcoholismo es incuestionablemente mortal, pero, antes de morir, el alcohólico requiere el tránsito por la abyección, la miseria moral, física y mental. Mis borracheras se interrumpían y, cierta vez que un miembro del grupo me visitó, me encontró inusitadamente abstemio. Era agosto de 1965.

—¿Por qué no has vuelto al grupo?— me preguntó.

No supe decir por qué. Regresé y desde entonces no he bebido.

Así, simple, sin manifestaciones espectaculares, se me otorgó la abstinencia como un recurso, un medio para alcanzar la sobriedad prometida por A.A. Mi madre lo alcanzó a ver.

De esa manera se abrió la puerta para otra manera de vivir.

—Soy alcohólico— aprendí a decir en la tribuna de los grupos. Sé ahora bastante sobre Alcohólicos Anónimos, algo sobre la enigmática enfermedad del alcoholismo, pero muy poco sobre mí mismo: ¿quién soy yo?

Establecida la *paz con el alcohol* que me había vencido, trataba de alcanzar la *paz conmigo mismo*; perdonarme, comprenderme, respetarme. Pero, ¿quién era yo?: “El Campeón”, “El Seminarista”, “El Profesionalista”, “El Mano Flaca”, tal vez.

Invertí algunos años en reconocer mis capacidades, mi responsabilidad y establecer los cimientos de una *paz interior*; he vuelto a correr un Maratón atrás de otros veteranos; interpreto al piano alguna melodía de mi agrado y busco doctorarme en mi profesión.

La *paz con el mundo* es una tarea más compleja que me ocupa de sol a sol; la gente tiende a recordar las ofensas. En un grupo conocí a la que es mi compañera. Nos casamos y tenemos dos bebés que ya no lo son tanto. He conocido nuevas amistades y otras facetas de la sociedad.

Mi madre murió; era una anciana octogenaria que se había sostenido laborando hasta tan avanzada edad; trabajó siempre hasta que un cáncer la acabó. En el hospital, en agonía, no profirió ninguna queja, aun en los últimos momentos trató de no causar molestias y sí continuó rogando por los desvalidos y por aquellos otros cuatro hijos que aún sufren por su manera de beber.

Su fallecimiento fue muy significativo para mí: afirmo que en A.A. me enseñaron a vivir, pero mi madre me enseñó a morir.

Estaba con ella cuando, de pronto, sus funciones vitales se suspendieron; bruscamente se abrió un hoyo en el tiempo, se separaron las distancias y su alma cayó al otro lado: en la *paz de Dios*. Desde entonces he comprendido el significado trascendente de la existencia y la oportunidad, que en la sobriedad, Alcohólicos Anónimos me ofrece.